



**Por** Macarena Fernández Génova  
Investigadora Centro Regional  
Fundación Cequa

## ¿Lo que observamos es lo que vemos?

**A**bordar la memoria histórica implica al menos, buscar, interpretar, representar y documentar los conocimientos y saberes que sustentan el modo como una sociedad se ha conformado de acuerdo a sus acontecimientos histórico-culturales. Esto se relaciona con el contexto tangible e intangible de los sucesos del pasado.

La memoria, los recuerdos y sus relatos, nos permiten entender la manera de cómo se concebía el medio en el que habitaban las personas, esos aspectos intangibles, simbólicos de lo acontecido. El diálogo generado por estos recuerdos permite reconstruir parte de la historia ocurrida en un lugar. Los elementos materiales, lo tangible, al ser objetos físicos y palpables, se encuentran cargados de una herencia cultural que nos llevan a interpretar el horizonte simbólico de tales objetos. La cultura material se transforma en una importante fuente de información que da claridad respecto a los usos y simbolismos otorgados por sus portadores. Se caracterizan por ser marcadores temporales. Por su parte, el relato como contenedor de memoria, nos

*“La antropología, al especializarse en el estudio de las dimensiones culturales, de los significados que las personas le otorgan a sus formas sociales, ha permitido abarcar los objetos como elementos antrópicos cargados y dependientes de implicancias culturales”*

desde una mirada científica, se encuentra realizando el levantamiento de la memoria histórica-cultural del Parque Nacional Torres del Paine, que ha cobrado relevancia al definirse como uno de sus objetos de conservación. Es así, que el trabajo en terreno, se hace indispensable para reconocer los elementos que representan esta memoria, registrando in situ esta interacción entre lo tangible e intangible. Por una parte es necesario abordar los relatos de quienes conocen el parque previo a su conformación y en sus inicios como tal. Paralelamente es fundamental registrar los distintos sectores que dan cuenta de acontecimientos y usos. En este caso, es el paisaje de este parque nacional el que nos muestra la convivencia suscitada entre el uso humano y el entorno natural. Un paisaje que actualmente creemos casi prístino, salvaje, pero que si observamos y desmenuzamos la historia de este lugar, lo vemos como consecuencia de intervenciones drásticas del entorno.

La antropología, al especializarse en el estudio de las dimensiones culturales, de los significados que las personas le otorgan a sus formas sociales, ha permi-

tido abarcar los objetos como elementos antrópicos cargados y dependientes de implicancias culturales. He allí la importancia y carisma de este tipo de investigaciones que permiten a través de datos empíricos y cualitativos dar cuenta del uso humano del territorio, abordando y desluciendo que lo que se cree intocado evidencia más de lo que nuestra observación nos ha dejado ver. Lo anterior facilita la interacción en el estudio tanto de las particularidades de cada época como del dinamismo que van adoptando las distintas etapas visualizadas y cuando modificado ha sido el territorio.

Bajo esta perspectiva, cuando se realiza investigación sobre la memoria histórica-cultural de un territorio, se evidencia esta interacción entre lo memorable y lo tangible. El paisaje nos da señales claras de cómo el ser humano fue interviniendo y adaptando el territorio de acuerdo a sus necesidades. Ante la mirada aventurera y salvaje, el paisaje magallánico parece prístino, prácticamente intocado, pero relevando lo que sucedió nos damos cuenta que el territorio ha sido intervenido más allá de lo que a veces puede evidenciar nuestra observación.